

Partidos de clase y progreso político

Domingo, 8 de enero de 1939

Entre los partidos políticos, en el sentido estricto, y los partidos de clase, existen más diferencias que entre los matices o los colores. No se trata de grados en una misma escala; es de otra naturaleza, otra esencia que separa los unos de los otros.

Los partidos políticos, aunque sean opuestos en todos los problemas de la vida nacional, incluyendo las cuestiones sociales, son divisiones verticales en la estructura del Estado, sin que la existencia de éste se halla cuestionada por la profundidad de tales divergencias de puntos de vista. Los partidos de clase, por muy prudentes que quieran mostrarse, son separaciones horizontales de estratos en el seno de la sociedad, que la atraviesan y la trastornan en toda su extensión. Los primeros son instrumentos de una Devolución legal; los segundos las armas de una revolución violenta.

Se ha podido observar la diferencia, con todo el vigor que significa la acción de la fuerza, en los países de malas costumbres políticas, donde el ejército era, según lamentables costumbres, el agente principal de los cambios del gobierno, incluso del régimen. Además durante mucho tiempo se trataba de partidos políticos con una división vertical que se reflejaba en el ejército y oponía al general A, con sus regimientos, contra el general B encabezando los suyos; y el resultado, a fin de cuentas, de esos movimientos frecuentes y contradictorios fue hacer del ejército una fuerza de izquierda. Desde el momento en que los partidos de clase reflejaron en el seno de los cuarteles la división horizontal que amenazaba oponer a los suboficiales, cabos y soldados a jefes y oficiales encargados del mando, el ejército se convirtió, en esos mismos países, en una fuerza de reacción contra el régimen de libertad que antiguamente había defendido y a veces construido.

Un fenómeno así tenía que mostrarse mucho más disimulado y más lento en los países de costumbres políticas progresistas; pero también allí apareció. La formación de poderosos partidos de clase con tendencias revolucionarias ha producido un debilitamiento de los partidos de izquierda, cuyas filas se

vieron escasas, los afiliados, antiguamente los más numerosos y entusiastas, los habían abandonado. En vano se buscó un remedio contra esa debilidad de las coaliciones de izquierda; porque una alianza electoral, parlamentaria o gubernamental, no puede reconstruir la fuerza de un partido unido, disciplinado y resuelto. Además los partidos revolucionarios de clase llegan a reforzar, a renovar, casi a resucitar con ciertos disfraces los antiguos partidos reaccionarios, que parecían condenados a la elección entre la sumisión aceptada o la desaparición inevitable. En vez de perseguir la reunión en el progreso político y social, las fuerzas de derecha retomaron con mayor energía una intransigencia insolente, que los empujó a proponer unas soluciones exageradas y temibles que, sin una oportunidad tan inesperada como favorable, no hubieran osado iniciar ni quizás imaginar.

En la relación de estos hechos hay que ver algo más que una simple coincidencia que, sola, sería ya sorprendente, sin olvidar además que tales coincidencias nos aconsejan aplicar a los fenómenos políticos los métodos experimentales tan necesarios para la búsqueda y el conocimiento de las causas.

La nueva ofensiva, tan temible, de la reacción política que parecía definitivamente vencida en el siglo XIX, sólo es la consecuencia de una elección trastornada de las soluciones: en vez de elegir entre retroceso y progreso colocábamos la cuestión entre estabilidad y derrumbamiento. Y para todos los problemas, sobre todo para aquéllos que poseen una elección, la manera de plantearlos es a menudo la fórmula para resolverlos.

Pero en el fondo del problema global hay influencias más profundas de lo que son los errores o las habilidades de la táctica. Hay una oposición doctrinal entre la esencia de los partidos revolucionarios de clase y los tres rasgos característicos del Estado hijo de principios de la revolución, el cual debía mostrar el ambiente de un espíritu liberal, la solidez de una estructura constitucional limitada, y la base de una democracia cada día más fraternal, igualitaria, progresiva.

El espíritu liberal fue contradicho (y lo que es peor, despreciado y burlado) por la desaparición del individualismo, que arrastra el debilitamiento de sus derechos, bajo las presiones violentas de la muchedumbre; y también por la intrusión sobre la validez de sus contratos, por el régimen de lucha aplicado a las «relaciones sociales».

El funcionamiento del régimen constitucional, se vio trabado, suspendido, a menudo marginado por perturbaciones que antiguamente sólo eran superficiales en la vida política; y debía con más razón soportar unos eclipses

prolongados, y unas restricciones duraderas, una vez iniciada la guerra social y amenazando estallar la guerra civil.

Desde el momento en que, en la extrema izquierda, se predicaba y se prometía para después del triunfo una fuerte, absoluta y prolongada dictadura — ¡Y de qué naturaleza!— y cuando se ensayaba en el poder, incluso entonces, se iniciaba en las calles, las fábricas, los talleres, y los campos, se llamaba y favorecía, hasta se creará, otra dictadura feroz y temible, de extrema derecha, que por adelantado quería establecerse y aplastar a su vez y a su capricho.

Una democracia, a medida que realiza su programa lógico de mejoras sociales perseguidas, sin reconocer otros límites que los de la posibilidad y de la justicia, significa la unión cordial y completa de todas las clases. Después, hay una incompatibilidad total, irreconciliable entre la democracia y la rivalidad empedernida de clases en lucha sin piedad. El paro constante y el retroceso frecuente de los progresos políticos son inseparables de la aparición y de la violencia revolucionaria de los partidos que se proclaman partidarios de la lucha desenfadada de clases. ¿Por compensación esta violencia sería necesaria o conveniente para la causa sagrada de la justicia social? Es otra cuestión y también de gran interés.